

Leyendo al camarada Nikita

José
Marín
Cañas



VIII

La noticia de que estas 3 galeras son las últimas, debe llenar al lector, si lo hubiere, de la misma satisfacción de que está pletórico el autor. Llegar, sea a la cima o a la sima siempre es coronar un propósito. El comentarista, para no causar la honda pena de dejar frustrados a los lectores, hará lo imposible para resumir, con mengua del detalle, pero ganancia y descanso del lector, hasta conseguir lo prometido. Si no lo logra, a él y solamente a él, por incapaz, le echaremos todos la culpa.

Las páginas de Kruschef empujan al comentarista a reseñar cosas y frases, pensamientos y hechos, que son insoslayables. Concretaremos algunos: Oigamos a Kruschef, que dice: "Lo mismo oía a Stalin decir: **Todo es un juego para ver quién engaña a quién** —se refiere a las visitas de los delegados de Francia, Inglaterra y Alemania, que querían firmar tratados de amistad y no agresión—. Yo sé lo que Hitler está urdiendo. El cree que se pasa de listo, pero realmente soy yo el que lo está engañando!"— Stalin firmó el tratado con von Ribbentrop, (los delegados de Francia e Inglaterra se fueron, y Hitler quedó engañado, aunque ya dominaba a Francia, había arrasado a Londres, ocupaba Noruega y vencido a Polonia. Entonces parece que se les ocurrió a los rusos la aventura de Finlandia. Era cuestión de presentarles un ultimatum para retirar sus fronteras, que tenían a Leningrado a tiro de cañón. "Lo que teníamos que hacer era alzar un poco la voz, y los finlandeses obedecerían", asegura Kruschef, que era la opinión general. Y agrega: "Naturalmente no nos asistía ningún derecho legal". "El deseo de protegerlos nos justificaba ante nuestros propios ojos". (El fin justifica los medios. "El Príncipe" de Maquiavelo) Kruschef no había leído, desde luego a Maquiavelo, pero sí había leído a Lenin. "¿Dónde están esos finlandeses? —dice Kruschef que gritaron los rusos —¡vamos por ellos! Un fuego terrible automático y certero tumbó a las tropas rusas sobre la nieve. "Los finlandeses trepaban a los árboles y disparaban a quemarropa. Con capotes blancos se hacían invisibles en la nieve". La paliza que le arrimaron al Ejército Rojo fue de órdago, pues a poco, desencadenaron artillería pesada sobre Leningrado, y hubo que ver qué se hacía para no sufrir la más vergonzosa derrota que haya podido registrar la historia. (Esto no lo dice Kruschef, porque se lo guarda). En componendas y descargando todo su poderío militar, pudieron detener la guerra, tras un millón de muertos. Rusia no había ganado ni un solo round. El Ejército Rojo estaba en manos de inexpertos, dada la irreversible razón de que los generales, que traían experiencia de España, habían sido fusilados.

La tranquilidad de que Hitler dormía engañado duró hasta las 3.30 de la madrugada del 22 de junio de 1941, cuando la "wermatch" desató su violenta y arrasante ofensiva, se apoderó de Ucrania; aisló a Moscú de su sector industrial y volvió los binóculos sobre el Krenlin, por cuyas desoladas estancias se paseaba un hombre, el amo, del que Kruschef, dice: "Pero yo sabía muy bien qué clase de héroe era. Le había visto paralizado por el miedo a Hitler, como un conejo ante una boa". Aunque Stalingrado fue la batalla más sonada de la guerra (destrucción del 6º Ejército alemán y rendición del Mariscal alemán Friedrich von Paulus), la victoria rusa se inició con exactitud en la batalla de Kursk, en la que 6.000 tanques

accionaron sobre la estepa. Después de Kursk, el corazón del ejército alemán quedó herido, La derrota más grande de los rusos, fue la contraofensiva de Kharkov, operación que planeó y llevó a cabo Stalin, en los eufóricos momentos en que se sentía "gran estratega". (Todos los grandes monigotes cargados de poder, se miran al espejo y encuéntranse virtudes insospechadas. Lo mismo le ocurrió a Hitler). Kruschef no tiene empacho en declarar que después de Kharkov no daba un rublo por su cabeza, pero que en el sitio de Stalingrado, en el que alcanzó un alto grado militar. (Teniente General), se rehabilitó, salvando la vida y escapando al patíbulo. Una de las más importantes páginas del ucraniano, es aquella en la que dice: "Reconocer la ayuda material que recibimos en el pasado de nuestros enemigos de hoy, no tiene ninguna repercusión en la situación actual. No deberíamos jactarnos de que vencimos a los alemanes sólo con nuestro propio esfuerzo. Los ingleses nos ayudaron con gran peligro. Mikoyán confirmó después, que recibimos equipo militar, barcos y muchas provisiones de los americanos, así como acero, aluminio, productos alimenticios, etc., todo en gran cantidad".

Hay dos anécdotas que refiere, cuya importancia obliga al comentarista a prolongar un poco el interminable tamaño de lo escrito: Durante la guerra con Finlandia, un submarino ruso, creyendo haberse encontrado con un buque finlandés, lo torpedeó, pero no lo hundió. El barco era sueco. Hitler puso a Stalin un cable amistoso: "Si necesitáis ayuda para hundir al barco sueco, avisádmelo y enviare refuerzos". Este fue el único acto que le daba vida al pacto de amistad y no agresión. En el tono sarcástico del texto, se adivinaba el ataque en la madrugada del 21 de junio.

En la reunión en Teherán de los cuatro grandes, todos brindaron por los respectivos jefes, pero cuando Churchill levantó su copa para hacerlo por el rey de Inglaterra, Roosevelt se negó diciendo: "Yo no brindo por un rey inglés". Verídico o soñado el hecho, explica la gran cantidad de errores simplistas que tuvieron origen en la personalidad de Roosevelt, muy parecida de perfil al inefable Mr. Woodrow Wilson, que aquí no quisieron tenerlo ni para nombre de un pedazo de carretera.

Kruschef explica lo de Hungría, (brutal represión que culminó con el fusilamiento de Lázlo Nagy, visionario, patriota y ferviente caudillo de un pueblo), y la "Primavera de Praga", como hechos insoslayables por constituir ataques a la seguridad del mundo socialista. Desde el punto de vista de los regímenes totalitarios, que se justifican a sí mismos, aún careciendo de razón, la dialéctica es válida, aunque brutal.

Si algún día, que Dios quiera que el comentarista no lo vea ya, llegamos en Occidente a esta deplorable y dramática situación, de que todo movimiento de libre determinismo nos conduzca a ver pasar por nuestras calles tanques norteamericanos, es que el fin del mundo está aquí.

Un húngaro, residente en Costa Rica desde hace 20 años, (tiene 40 ahora) me manifestó en conversación privada, que nunca volvería a su patria. "Es imposible vivir bajo la férula comunista", —me dijo—. "Uno es un monigote. El estado le indica cómo debe comportarse, a cuáles manifestaciones debe asistir, y a cuáles no; en qué agrupación filatélica; musical, cultural, lite-

ria, debe figurar como miembro, y cuál momento es el propicio para comprar calzoncillos. En el resto del año no volverá a haberlos. O se compran en ese instante histórico, o se anda sin calzoncillos por el resto del año.

Dos datos importantes cierran las citas que haremos de Kruschef: Ni la paliza que le dieron los finlandeses se comunicó al pueblo ruso ni en los Estados Unidos supo el país que Washington había defendido el avance de Patton dejando campo y tiempo a los rojos para atrapar Berlín.

Esta infortunada operación, es el germen de los horrores al final de la guerra. De la situación actual de una Alemania dividida; la existencia del "muro de la vergüenza" y del Tribunal del Nuremberg sobre el cual pasó la bestia del Apocalipsis a la manera de Iván, y fueron al Patíbulo, (la horca) casi todos. Unos, lo merecían, pero otros no. Keitel y Jodl, fueron ahorcados infamemente. Y en la prisión de Spau, gime, ya viejo y enfermo, un hombre medio loco: Hess., que voló a Inglaterra para buscar la raz. En todo esto se resume la brutalidad como una forma tangible de la impiedad de un siglo, cuyas manchas son lacras cubiertas de pomada como se pintorrajear las viejas proxenetas, que ya no sirven para putas sino para celestinas solamente.

Todo lo escrito es, vergonzosamente, cierto. ¿Son malos los hombres o son malos los pueblos? No. Los malos, son los "sistemas". Desde el absolutismo hasta nuestros días, la concentración de poder ilimitado, —económico, político, militar—, en las manos de un solo amo y señor causa locura. El hombre no está dotado para ello. El hombre es un animal "racional limitado". Si se expande hasta la extralimitación, deja de ser racional. Como un tigre que se degenera y se hace gato. Como una célula que crece más allá de ella misma y se convierte en cáncer.

Hemos de poner la cabeza entre las manos, apoyar los codos sobre el escritorio y pensar un poco sobre lo que tenemos y lo que nos amenaza. Los hombres de buena voluntad, los que aman a su patria, por pura, limpia, modesta y recatada, comprenderán el abismo que se está abriendo por los costados de los dos océanos —Cuba y Chile— como abrieron el cuerpo del crucificado.

La sorda y negra historia de esta comuna, como régimen político, alargó dos veces sus tentáculos en Europa. Primero, sobre Polonia, en la década del 20; contra España, en la del 30. En ambas ocasiones fueron rechazados. En Polonia se intentaba instaurar como jefe a Dzierzinsky a quien se le anunció como "El Terror Rojo". (Traspiés inexplicable de Lenin) El Mariscal Pilsuski con la ayuda del pueblo horrorizado derrotó a Tujachenski en las puertas de Varsovia, retornándolo hacia el oriente. En la segunda aventura, 300.000 personas asesinadas, quedaron en los caminos, calles y cunetas, por ser gente de orden y fe católica. El pueblo que había echado a Napoleón, y antes, al Moro, terminó con la aventura. Había costado un millón de muertos.

En la conciencia de jóvenes "inquietos y peligrosos", existe la creencia de que la "revolución mundial necesaria", es quitarle la plata a los ricos para dar-

—(Pasa a la Pág. 16)—